EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 15, TOMO II.—LUNES 26 DE MAYO DE 1845.
La redaccion está en la calle del Príncipe, núm. 10, cuarto entresuelo.—El correo franco de porte.

SUSCRICIÓN EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.-Un año 110.-Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

COSTUMBRES CABALLERESCAS DE LA EDAD MEDIA. EL PASO HONROSO, por D. José Amador de los Rios.—POESÍAS, por D. J. M. Maury y D. Angel de Saavedra.—CATEDRALES DE ESPAÑA.—POESÍA DRAMÁTICA, por D. Gavino Tejado.—REVISTA TEATRAL Y LITERARIA, por D. A. F. del Rio.

Costumbres caballerescas de la edad media.

EL PASO HONROSO.

Cada siglo tiene su carácter, cada sociedad sus hábitos. Hé aquí las condiciones bajo que ha existido la humanidad y el modo de llenar sus necesidades. Cuando la fuerza era el único derecho, la única garantía posible de los hombres, todos los actos, todas las costumbres, debian llevar tambien el sello de la fuerza. El hombre virtuoso y denodado que habia logrado ponerse á salvo de la opresion, debió pensar naturalmente en romper el yugo que gravitaba sobre el cuello de sus semejantes, ó mas débiles, ó mas desgraciados.—La fuerza llegó á ser al cabo un elemento preciso para sostener los derechos de la humanidad: fue necesario contraponer la *fuerza* á la *fuerza*, y el noble ejercicio de tales sentimientos, no pudo menos de engendrar otros, que constituyendo, por decirlo así, un nuevo órden de ideas, habian de producir con el tiempo inmensos beneficios á las sociedades modernas, dándoles vida y formando su índole y carácter.—Nació el sentimiento caballeresco, para llenar el mundo de aventuras, para dulcificar la afanosa existencia de los que gemian bajo el imperio de un feudalismo bárbaro, y con el instinto de la independencia y de la caridad, levantó altares al patriotismo, á la religion y al amor, grabando en la bandera que habia enarbolado tan mágicas palabras.

Exaltó el *patriotismo* el alma de los que habian abrigado en sus pechos aquel fuego santo, dióles la *religion* constancia en medio de los infortunios, y les presentó el *amor* sus encantos y sus ilusiones: la patria, la religion y el amor, formaron pues, la trinidad ideal de aquella inmensa cruzada, que con el

corazon lleno de fé y de esperanza, con la fantasía pronta á arrebatarse de entusiasmo, se levantaba para proclamar la libertad del mundo, cuando el mundo besaba adormecido sus cadenas.

El sentimiento caballeresco fué ya un elemento de vida entre las sociedades europeas: los aventureros, los defensores de la vírgen oprimida y del anciano desgraciado, formaron clase y con ella crearon tambien costumbres.—Sus costumbres hubieron de ser precisamente de la misma naturaleza que su manera de vivir: las armas eran sus arreos, sus placeres las batallas, sus fiestas los peligros, sus sueños de gloria los amores, sus solaces las privaciones.

Mis arreos son las armas,
mi descanso el peleare,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velare.

Asi nacieron las justas y torneos, en donde hacian prueba de su bravura y destreza, en donde bajo el disfraz de las armas se presentaban á probar fortuna los mas famosos campeones, ganosos de nuevos triunfos y laureles, llegando á ser estos juegos el entretenimiento de las córtes, la diversion de las damas y el templo en que el amor quemaba sus inciensos.—Así vinieron á ser los duelos públicos la última prueba de los juicios, ejerciendo un colosal imperio en la legislacion, y poniendo en la punta de una lanza aventurera la salvacion del honor de una familia; y asi finalmente se crearon esos amorosos empeños, llevados al mas alto punto de idealismo, que pesaban sobre los caballeros respecto á sus damas, empeños que tomando al cabo una forma determinada, hubieron de conocerse con el gallardo nombre de *Pasos honrosos*.

Esta costumbre que fue naturalmente engendrada por el sentimiento caballeresco, es uno de los mas apreciables monumentos cuya memoria ha llegado hasta nuestros dias, para comprender el carácter de aquellos siglos, llamados de hierro, en que ejercia la imaginacion sin embargo mas alto imperio sobre la materia que en nuestros dias, en que á todo se rendia culto y eran consideradas la virtud y la belleza como dones celestiales.—El *Paso honroso* fué, pues, una de las costumbres mas celebradas desde principios del siglo XIV en adelante: elegian los caballeros por reinas del palenque á sus damas en las justas y torneos y tributábanles el homenaje de su admiracion y respeto, consagrándoles los honores del triunfo y vistiendo sus colores. Sin embargo, este rendimiento amoroso, en que tenia tanta parte el sentimiento bélico en que se veia lisonjeado el orgullo de aquellos bizarros paladines, no bastaba á satisfacer el entusiasmo que les inspiraba la hermosura. Fué preciso revestir de mas pompa estos actos, fué preciso que llevasen el sello del *individualismo*, para que llenaran cumplidamente los deseos de aquellos tiempos, en que todo lo eran el corazon y la fantasía. El *Paso honroso* vino á satisfacer estas necesidades; no bastaba que un caballero tuviera por la criatura mas hermosa á la mujer, á quien se habia consagrado: era necesario que asi lo declarasen cuantos caballeros esquiváran entrar con él en la demanda de las armas, y que los que osaban contradecirle quedasen vencidos en la liza, para que no desmereciese á los ojos del mundo y de su bella.—Lo que en un principio apareció como un empeño personal, no pudo menos de tomar mas adelante mayor extension é importancia.—Los caballeros que habian defendido por sí la hermosura de sus damas, hubieron menester de la ayuda de sus amigos para salir airosos de tan árdua empresa, porque debieron ser muchos los que salian á la demanda para contradecir á los *mantenedores*, aguijoneados sin duda de los mismos deseos y ansiosos de proclamar la belleza de sus dueños á la faz del mundo.

Convocaban, pues, los caballeros sus deudos y amigos, consultaban con ellos los medios de llevar á cabo tan arriesgada empresa, y concertados ya y requeridas las armas y caballos, recurrian al rey para pedirle su permiso, rogándole que se dignase presidir aquellas belicosas fiestas.—Recibian los reyes á los caballeros *mantenedores* con la mayor pompa y aparato, en medio de sus córtes, y entraba á su presencia, seguido de sus amigos, el caudillo de las justas, y acompañado de un faraute que debia dirigir al rey en su nombre la palabra. Doblaban ambas rodillas ante el soberano cuantos venian dispuestos á sostener la demanda del *Paso*, y despues de obtener su licencia para hablar, se expresaba el principal mantenedor en esta forma. (1) «Deseo justo é razo»nable es los que en prisiones é fuera de su libre »poder son deseen libertad; é como yo vasallo natu»ral vuestro, sea en prision de gran tiempo acá, en »señal de lo cual trayo á mi cuello todos los jueves »este fierro, segund notorio sea en vuestra magni»fica córte é reguos é fuera de ellos por los farautes »que la semejante prision con las mis armas han lle»vado, etc.»—Exponia mas ámpliamente las causas que le obligaban á echar sobre sus hombros tan árduo peso; ponderando su amor y la belleza y esquivez de su dama al mas alto punto, y concluia de este modo: «Certificando, que á todos los caballeros y »gentils-omes estranjeros que allí se fallaren, que »ende fallarán arneses é caballos, é armas, é lanzas »tales, que cualquiera ose dar con ellas, sin temor de »las romper sin pequeño golpe.—E notorio á todas »las señoras de honor que cualquiera que fuere por »aquel sitio, do yo seré, que sin llevar caballero ó »gentil-home que faga armas por ella, que perderá el »guante de la mano derecha.—Mas lo dicho non se »entienda con su alteza, ni con su gran condes»table.»

No podia estar mas conforme con el espíritu de aquellos tiempos una costumbre en que al paso que se rendia al trono el homenaje debido, se santificaba, por decirlo así, la hermosura.—Las damas que pasáran por el lugar donde se celebraba el *Paso* sin llevar un caballero que defendiese su belleza, se veian obligadas á dejar como trofeo de la reina de las justas una prenda de su traje, y de esta condicion galante se veian libres solamente el rey y el primer magistrado de la nacion; apenas acababa el faraute de pronunciar las últimas palabras, cuando el caballero y sus parciales despejaban la estancia en que se hallaba el soberano, para que pesára éste en su consejo las razones alegadas por el mantenedor, conforme á los usos de la caballería.—Breves eran los instantes que mediaban en esta ceremonia: cuando la respuesta era favorable á los pretendientes, se les mandaba volver á la presencia del rey, anunciándoles por medio de un faraute real su consentimiento en esta manera: «Sepan todos los caballeros y gentiles-omes del »muy alto rey é señor nuestro como él da licencia á »este caballero para esta empresa, á donde le llevan »sus amores.»—Acogian con los mayores aplausos el permiso los deudos y amigos del retador, que tal nombre puede darse al héroe de un *Paso honroso*, y rogando éste á uno de los caballeros que le acompañaban que le quitase el almete, subia respetuosamente las gradas del estrado en que el rey se hallaba y le dirigia las siguientes razones: «Muy poderoso »señor, yo tengo en mucha merced á vuestra gran »alteza é señoría otorgarme esta licencia, que yo dis»puesto fuí á vos demandar, pues tan necesaria á mi »honor era; é yo espero en el señor Dios que yo le »serviré á vuestra alteza segund que sirvieron aquellos »de yo vengo, á los poderosos príncipes de que vues»tra esclarecida alteza desciende.»—Besaban despues todos los caballeros la mano al monarca, y haciendo una respetuosa reverencia á los grandes y señores que se hallaban presentes, corrian todos juntos á desarmarse, vistiendo finísimas ropas de córte, y preparándose para el sarao, que estaba de antemano prevenido. Al llegar á este punto no podemos menos de recordar la descripcion que hace don Angel de Saavedra en un poema titulado el *Paso honroso* de Suero de Quiñones en su primer canto; pero deseando no hacer este artículo mas largo de lo conveniente, citaremos solo la siguiente octava:

Siguió el sarao, la danza y la alegría
y aquel grave concurso alborozado,
ansiando llegue de la justa el dia
por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría
y no hubo dama alguna en el estrado
que á doña Luz, la esquiva, no envidiára
la suerte de que Suero la obsequiára.

(1) Historia del *Paso honroso* de Suero de Quiñones.

Terminada la zambra, en donde acudian á lucir las bellas sus encantos, y sus riquezas los galanes y donceles, tocaba al héroe de las justas leer por sí los *capítulos* ó condiciones que habian de observarse religiosamente en el palenque, tanto por los mantenedores como por los aventureros.—Estos *capítulos*, que eran previamente aprobados por el rey, se reducian á los siguientes términos.—Todos los caballeros que se presentáran en la liza, ya nacionales ya extranjeros, hallarian dispuestas armaduras sin ventaja alguna.—Todo caballero estaba obligado á nombrar tres señoras para hacer campo por ellas, exceptuando la suya.—Ninguno sabria con quién habia de justar hasta el momento del combate.—El que despues de rotas las tres lanzas del empeño, quisiera proseguir la pelea con alguno de los mantenedores, lo manifestaria al héroe de las justas, para que éste señalára el plazo, si hubiere ocasion en los dias de las fiestas.—Todos los aventureros estaban obligados á decir su nombre y su patria.—Despues de rotas las tres lanzas referidas, no se podia justar mas en el mismo dia.—El que salvaba los tres guantes de las damas nombradas, recibia un premio digno de tal hazaña.—El que rota la primera lanza no queria continuar la lid perdia la espuela derecha ú otra pieza equivalente de su armadura.—El que era herido en el campo no podia hacer armas durante el tiempo del *Paso*.—Todo el que llegaba al sitio donde este se celebrára y rehusase el tomar parte en la contienda, perderia la espuela derecha ú otra pieza del arnés, bajo palabra de honor de no usar de ella hasta probar que se habia encontrado en un lance mas peligroso que el presente.—Si algun caballero intentaba despojarse de ciertas piezas de la armadura, lo deberia poner por medio de un faraute en conocimiento del principal mantenedor.—Ninguno tenia derecho á demandar las ventajas obtenidas en la liza por otro.—Nadie podia hacer armas por su propia dama, á excepcion del caballero retador.—Todo aquel que no se detenia en el sitio del *Paso* estaba libre de tomar parte en la liza.—No se permitia hablar durante esta, so pena de sufrir la ley de torneos.—Hé aquí el espíritu de aquellos *capítulos* que desde el momento de publicarse eran considerados como una ley irrevocable á la cual no se podia faltar sin atraer sobre sí la infamia y el desprecio.—Al concluir el héroe de las justas de leerlos ofrecia, esforzando su voz todo lo posible, las mayores seguridades, añadiendo estas ú otras razones semejantes: «Para que »ningun caballero deje de concurrir á este nuestro »*paso honroso*, por temor de falsía, hácese saber que »han de presidir las armas dos caballeros ancianos »y valerosos, dignos de toda fé y respeto, toman»do dos farautes reales juramento de obediencia á »estos jueces á cuantos en la lid se presentaren.»

Restaba todavía el dar á los reyes de armas que eran despachados á todos los reinos y provincias, las instrucciones convenientes para que publicasen con toda la solemnidad debida los mencionados *capítulos*. Hallábanse presentes aquellos á todas las ceremonias que dejamos referidas, y cuando el mantenedor del *Paso honroso* habia puesto término á la lectura de las condiciones arriba estractadas, se dirigia á los reyes, hablándoles de este modo. «Rey de »armas, vos diredes á todos los reyes, duques, prin»cipes ó señores á cuyas señorías llegáredes, que co»mo ya haya seido en prision de una señora de grand »tiempo acá, é como haya concertado mi rescate en »trescientas lanzas rompidas por el asta, é como sin »ayuda de caballeros que conmigo é con mis ayu»dadores justen, non pueda llegar á efecto mi resca»te, vos les ofrecedes mis respetos, pidiéndoles por »gentileza ó por amor á sus damas les plegue venir »en mi socorro.—E si allende de esto fuéredes pre»guntado por algun caballero, señor ó gentil-ome »acerca de mi empresa, podredes les facer ciertos »de mi licencia é de todas las demas cosas que yo »mando en mis capítulos publicar, los cuales para »evitar enojos de prolijidad aquí non repito.» Partian, pues, los reyes de armas acompañados de farautes que iban pregonando de ciudad en ciudad la empresa de su dueño, y fijando carteles en que se contenian las condiciones del duelo, cuyos capítulos eran ademas leidos por el espacio de seis meses en todas las córtes que podian recorrer; convo-

cando de este modo á la pelea á cuantos se sentian con fuerzas suficientes para arrostrar los peligros que ofrecia, en cambio de la gloria que podia proporcionarles.

¡Cuánta gala, riqueza y ataugía,
cuántos caballos, tarjas y armaduras;
cuánta empresa, penacho y armería,
cuántos arneses, telas, bordaduras,
cuánto jaez de seda y pedrería;
cuántos motes, esmaltes y pinturas
en todas las naciones dispusieron
así que los carteles recibieron!!...

Asi pinta el duque de Rivas en el poema que citamos en otro lugar, el movimiento que produjo en las diversas naciones de que se componia á la sazon España, la publicacion del *Paso honroso* de Suero de Quiñones, y tal era en efecto el cuadro que debian presentar los jóvenes y amorosos paladines, cuyo pensamiento capital era el amor, cuyos ensueños de gloria los hechos maravillosos de armas, al verse retados públicamente para una liza tan noble en donde podian esperar abundante cosecha de triunfos y laureles.—Registraban las antiguas armerías de sus antepasados, requerian sus armas con la inquietud del que se finge peligros que intenta dominar, y mientras el héroe de las justas, rodeado de sus deudos y amigos, levantaba el palenque, prevenia lanzas, arneses y escudos para cuantos querian tomar armas en el campo; ideaban los aventureros elegantes motes y atrevidas empresas con que adornarse, apurando los secretos del arte para aparecer en la liza á cada cual mas bizarro, á cada cual mas atildado y poderoso.

Construíase el palenque inmediato á los caminos mas frecuentados con el objeto de atraer mas fácilmente la multitud y constaba á menudo de ciento cincuenta pasos de longitud y sesenta y cinco de latitud, levantándose á la altura de tres varas.—Cortábalo en su mayor extension una especie de verja, formando casi siempre dos diferentes lizas de igual capacidad y alzábanse en su alrededor siete cadalsos destinado cada cual á un uso diverso.—Servia el mas cercano á la puerta del palenque para que los *mantenedores* mirasen desde allí las justas, en tanto que les llegaba su turno respectivo, y veíanse en él levantadas la bandera y las armas, que revelaban la ilustre alcurnia del *noble enamorado*, causa de aquellas marciales fiestas. Armábase á cada lado uno de la misma altura, los cuales eran ocupados por los aventureros; dos en el centro, donde residian los *jueces del campo*, el rey de armas, los farautes, trompetas y escribanos, que venian á dar fé de cuanto ocurria durante el torneo; siendo los dos restantes para los trompetas, oficiales y escuderos de los gentiles-omes y caballeros, que al *Paso* concurrian.—Cuando el rey se dignaba honrar con su presencia estas fiestas, se hacia otro cadalso destinado exclusivamente para él sin que por esto se creyese que se rebajaba un punto la autoridad de los jueces que realmente presidian el palenque.

Haciase últimamente la estátua de un faraute que era vestida perfectamente y colocada en el camino sobre un pilar de dos varas de alto: apoyada su mano izquierda en el costado y con la derecha parecia indicar el sitio de la liza, con esta leyenda: *Por ahí van al paso.*—Tal fué esta costumbre tan celebrada en aquellos tiempos, si bien no pudo hacerse popular, permaneciendo fiel á los elementos que le habian dado vida.—Pintoresca y llena de poesía, como todas las que habian emanado de iguales fuentes, no pueden ahora menos de agradarnos sus recuerdos, que se enlazan naturalmente á otros muchos de nuestra pasada gloria, bastando á revelarnos las creencias de nuestros mayores y poniéndonos de manifiesto sus tendencias sociales.— En aquellos siglos en que todo era debido al brillo de las armas, la gloria, el poder, el amor no podian dejar de estar simbolizados, por decirlo asi, en ellas: no habia mas esplendor que el de la espada, ni mas poder que el de la fuerza: el amor gustaba del estruendo de los combates y necesitaba para purificarse del bautismo de sangre que le prestaba mayor vigor y aliento. Cada siglo tiene su carácter y sus creencias: cada sociedad sus hábitos y costumbres.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

Debe salir en breve de las prensas de D. Ignacio Boix una coleccion completa de las poesías del distinguido autor de *Esvero y Almedora*; dicha coleccion constará de tres tomos, impresion de lujo. Eminentes servicios ha prestado el Sr. D. Juan Maury á la literatura española durante su larga carrera. Residente por muchos años en Francia, y bien lejos de asemejarse á los que con humos de escritores viven dos semanas en Paris y afectan luego no encontrar en el español palabras que expliquen sus ideas, el Sr. Maury ha dado á conocer el tesoro de nuestra poesía, reuniendo en la *Espagne poetique* las mas bellas inspiraciones de nuestros escritores. En esa obra, que obtuvo la mas brillante acogida, ha demostrado que mientras se perfeccionaba en el idioma de Fenelon y de Lamartine, rendia religioso culto al habla de Fray Luis de Leon y de Cervantes, conservándola en toda su pureza. Bastaria esta circunstancia para que el Sr. Maury ocupára un señalado lugar en la república de las letras, aun cuando no le asistieran otras insignes cualidades de poeta, figurando en primer término su imaginacion todavía fresca y lozana en el otoño de su vida. A la amistad con que nos honra debemos el gusto de insertar en nuestras columnas una linda composicion llena de verdad y de sentimiento, escrita por su acreditada pluma en ambos idiomas. Pudiéramos dejar á nuestros suscritores en la duda de si la *Ramilletera ciega* ó la *Bouquetiere aveugle* ha sido traducida del castellano al francés ó del francés al castellano, seguros de que suscitaríamos pareceres opuestos, si bien legítimos y fundados todos. Asi lo haríamos en verdad á no ser porque nos duele presentar al público tan hermosa poesía bajo las apariencias de charada: solo por esta consideracion revelamos que esta composicion fué escrita en francés por el Sr. Maury hace ya mucho tiempo, y que su version al castellano es muy reciente.

LA BOUQUETIERE AVEUGLE.

Promeneurs, achettez une rose;
On la dit la plus belle des fleurs;
Je le pense, ou plutôt le suppose,
Pauvre aveugle étrangere aux couleurs.

Oui, j'ignore et l'azur et l'opale,
Et l'éclat dont rayonne le jour;
Mais du sein de la rose s'exhale
Un parfum, douce haleine d'amour.

Ah! referme à jamais ton calice,
Tendre fleur, et ménage mes sens:
Tu deviens l'innocente complice
Des regrets douloureux que je sens.

De l'amour tu réveles la flamme,
Autre bien dont me privent les cieux
Et je dois l'étouffer dans mon ame,
Qui n' a pú l'allumer dans me yeux.

Au vallon, fleur de mai, plus heureuse,
Au niveau de tes soeurs t'élevant,
Tu vécus d'une vie amoureuse,
Digne objet des caresses du vent.

Promeneurs, achettez cette rose;
Car vos yeux auront pú l'admirer:
De ses pleurs une fille l'arrose,
Dont les yeux n'ont servi qu'à pleurer.

LA FLORISTA CIEGA.

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fé;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color,
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.

Ciérralo, cierra el cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mi sér:
Debe el pecho apagar una llama,
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú, la vida has vivido en amores,
Del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podeis admirar:
Tuvo una que en llanto la riega:
Ojos ¡ay! para solo llorar.

JUAN MARIA MAURY.

A COLON.

Un mar desconocido ronco brama
movibles montes indomable alzando:
en un desconocido cielo inflama
negras tormentas huracan silbando;
y alto renombre y vividora fama
en ignotas regiones anhelando
cruza aquel caos, quebrantada y sola,
nave pequeña sí, pero española.

—

Con fáz serena, con robusta mano
y la vista clavada en Occidente
rige el timon un génio sobrehumano,
predilecto de Dios omnipotente.
Domador de las furias de Oceano,
digno caudillo de española gente,
que de fé y de esperanza llena el alma
sabe que para él solo hay una palma.

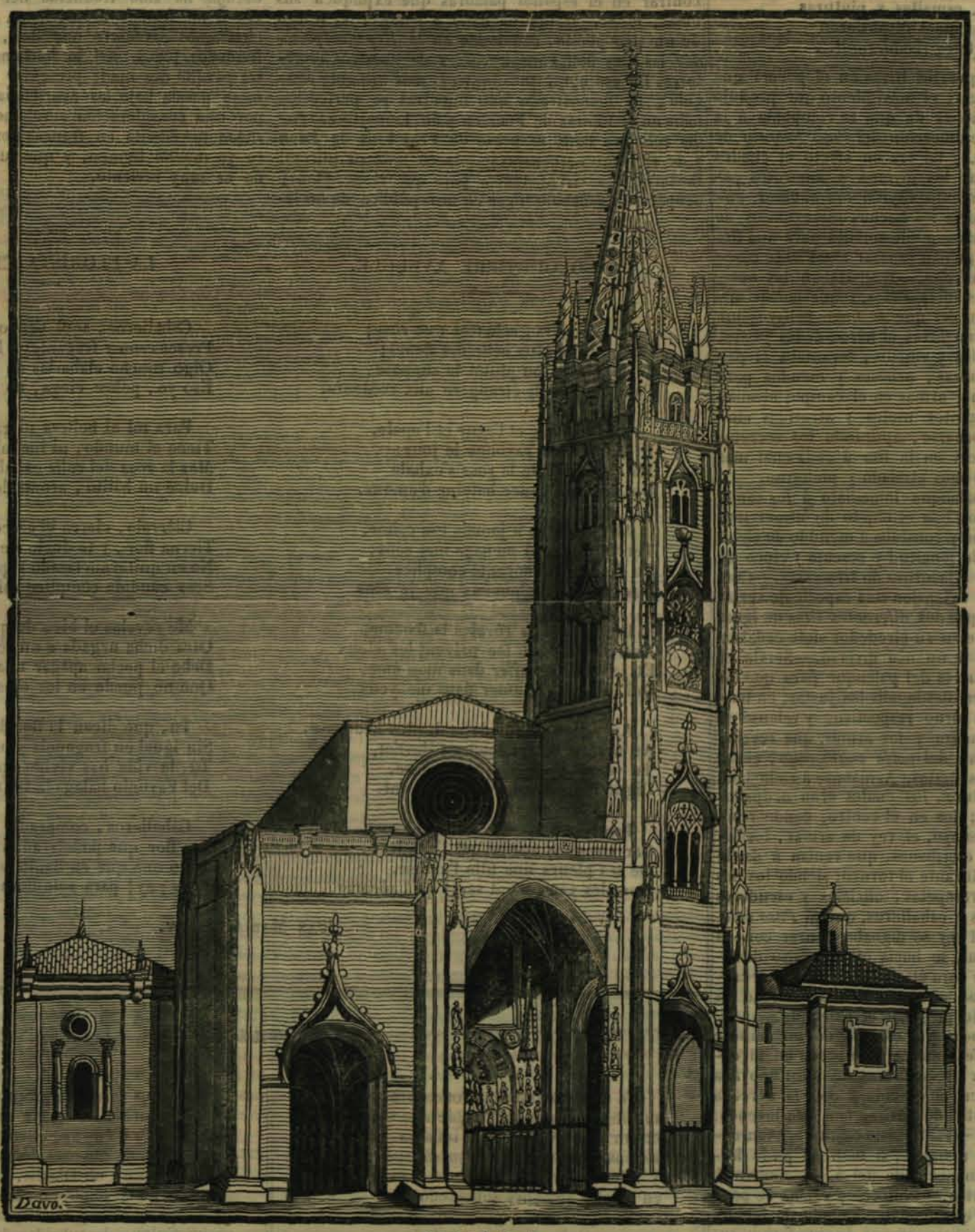
—

La busca y la hallará: que el mar y el viento
flacos estorbos son: raya una aurora
despejando un no visto firmamento
y el sol un monte azul descubre y dora.
¡Es América, oh Dios!... logré mi intento!...
grita el audáz piloto en voz sonora,
y suena en cielo y tierra y mar profundo
¡viva Colon, descubridor de un Mundo!

ANGEL DE SAAVEDRA.—DUQUE DE RIVAS.

CATEDRALES DE ESPAÑA.

Pensamos publicar sin periodo fijo vistas de todas las catedrales de España y de sus posesiones ultramarinas, con algunas noticias de su fundacion y de lo mas notable que contengan en su recinto. Ya hemos ofrecido á nuestros suscritores en diferentes números de este periódico dibujos de las catedrales de Sevilla, Zaragoza, Burgos y Toledo; hoy les ofrecemos dibujos de las catedrales de Oviedo, Salamanca y Valencia.



Catedral de Oviedo.

Se debe la fundacion de esta catedral á D. Fruela, rey de Asturias, quien la dedicó al Salvador del mundo: fué reedificada por D. Alfonso el Casto y desde entonces está consagrada á la Virgen María. Destruida por los años y por las guerras ha sido reconstruida en tiempos posteriores. Cada generacion ha estampado en aquel templo la huella de su gusto arquitectónico y asi es un mosaico de adornos, florones y relieves. Aun se conservan vestigios del edificio antiguo, mereciendo particular atencion la cámara santa, situada entre el claustro gótico y la nueva iglesia. Esta catedral ha sido visitada en otros tiempos por inmenso número de peregrinos, que henchidos de fé iban de lejanas tierras á ofrecer allí sus plegarias al Dios omnipotente en cumplimiento de sus votos ó en remision de sus culpas. Al lado opuesto de la cámara santa se descubre la del rey Casto, notable por ser el segundo monumento construido despues de la restauracion de la monarquía española. Eligió Alfonso el Casto aquel templo para su sepulcro, y la devocion de los monarcas sucesivos llegó á transformarle hasta cierto punto en panteon regio, y asi es que entre las sepulturas de varios príncipes y de algunas infantas se cuentan las de D. Alfonso el Casto y su esposa Doña Geloira, las de D. Ramiro y Doña Urraca y las de D. Alfonso III el Magno y D. García I. Forma nlos adornos de estas sepulturas esos caprichosos y extravagantes recortes de papel, en que segun el feliz dicho del Sr. Llaguno, consistia todo el talento de los discípulos de Borromino, Donoso y Churriguera. Es imposible visitar la catedral de Oviedo sin que se agolpen á la mente infinitos recuerdos de nuestra historia: allí se han celebrado diferentes concilios para el arreglo de la disciplina eclesiástica y diversas juntas generales para el arreglo de los fueros y de las franquicias del principado de Asturias, glorioso baluarte, donde hubo principio aquella heróica lucha de siete siglos que lanzó al fin á los sectarios de Mahoma de la monarquía de Recaredo.

Célebre ya Salamanca desde el siglo XVI por su universidad de la que han salido tantos varones ilustres, aun no poseia un templo adecuado á sus necesidades; circunstancia que excitó la solicitud de los reyes católicos quienes dictaron acertadas disposiciones á fin de que se construyera una santa catedral en aquella poblacion famosa. Sin embargo no se colocó la primera piedra hasta el 12 de mayo de 1513, merced al religioso celo del Obispo D. Francisco Bobadilla. Allí se celebraron por primera vez los oficios divinos el dia de la Anunciacion de nuestra Señora en el año de 1560; ya era obispo de la diócesis de Salamanca D. Francisco Manrique de Lara. Muchos años estuvo paralizada la obra por la discordancia de pareceres y la diversidad de planes respecto del modo de llevarla á cabo, hasta que mandó Felipe II que se hiciera segun el trazo del célebre Juan de Ribero. Por último la catedral quedó terminada en 1733, período funesto para la arquitectura. Asombra la elevacion de las columnas del templo y el esquisito esmero de sus adornos. Todo el edificio es de piedra de sillería como su alta torre, y sus bóvedas están cargadas de florones y de cabezas de serafines. Posee el templo en sus diez y seis capillas cuadros de famosos pintores y algunas excelentes copias de Sachi y del Ticiano. Se conserva con suma veneracion en la capilla de las Batallas un crucifijo, que, segun aseguran, acompañó al Cid en todas sus lides, y allí reposan las cenizas de D. Gerónimo Visquio, confesor de aquel ínclito guerrero. Al lado del coro, obra de pésimo gusto como perteneciente á la época de Churriguera, se ve el sepulcro del fundador don Francisco Bobadilla.

Catedral de Salamanca.

Donde hoy se alza la catedral de Valencia estuvo en tiempo de los romanos un templo de Diana transformado en iglesia por los godos y en mezquita por los sarracenos. Despues de la conquista fue dedicado aquel templo á san Pablo hasta que D. Jaime el Conquistador lo declaró iglesia mayor, consagrando á la Virgen María. Fué reedificada la catedral por el arzobispo Albalate, renovándola mas tarde á sus espensas el sumo pontífice Alejandro VI. De sus tres puertas las dos laterales son de estilo gótico: adorna á la puerta principal un pórtico construido á principios del siglo XVIII. Junto á esta puerta se eleva la famosa torre, llamada el *Miguelete* de figura octágona, desde cuya altura se abarca con la vista el magnífico panorama de la huerta de Valencia con sus fértiles campos y sus graciosos caseríos. Está coronado el *Miguelete* por una torrecilla, que forma ridículo contraste con la mole inmensa de la principal torre, cuya circunferencia es igual desde su base hasta su mayor altura. Es el templo de construccion gótica, y los adornos de órden corintio que allí se descubren, pertenecen al siglo pasado. Se conservan preciosos lienzos de Juan de Juanes, Palomino, Romaguera, Maella y Goya.

Catedral de Valencia.

POESÍA DRAMÁTICA.

En nuestros artículos anteriores creemos haber cumplido nuestro propósito en la parte que hace relacion á la *esencia* de nuestra actual poesía dramática: hemos manifestado con la sinceridad mas ilimitada y con la claridad que nos ha sido posible, sus principales exigencias, y el grado de perfeccion hasta que han sido satisfechas.—Hoy nos toca hablar de las *formas* que mas generalmente caracterizan el drama contemporáneo, y vamos tambien á decir con lisura cuanto hayamos observado en este punto.

La cuestion de formas es el todo en las bellas artes.—En la poesía, por lo que tiene de arte, es tan importante que puede decirse haber sido casi exclusivamente el campo de batalla, donde las escuelas literarias han empeñado sus luchas poco menos que sangrientas. «El mundo es viejo, dice Lafontaine; sin embargo preciso es todavía divertirlo como á un niño.» Esta es la verdad.—Tan viejo es ya el mundo que no pudiendo encontrar la variedad en el fondo de sus goces, necesita buscarla en los accidentes, en las formas; y disputa las conquistas que hace en este terreno, como disputaria una vieja caprichosa, que ha tenido hermosura, aquellos afeites que quitasen las arrugas á su rostro, y animasen momentáneamente el brillo de sus ojos amortiguados, ó aquellas aguas misteriosas de los cuentos árabes, que rejuvenecen una vida fatigada por los años y por la saciedad de los placeres.—Con todo, fuerza es rebajar algo de esta manera excéptica de ver las cosas.—La humanidad obedece en todos sus actos al instinto de perfeccion, porque tiene la conciencia de su perfectibilidad; y asi se explica que en medio de tantas formas distintas como ha ensayado y adoptado ya para olvidarlas despues, todavía siga tan tenaz en sus ensayos, tan infatigable en su eterna tarea como si acabase de comenzarla.

Ya desapareció de la polémica literaria la célebre cuestion de las *unidades dramáticas*: el romanticismo la arrolló de una manera tan violenta, que si aun conservase algun brio para levantarse de nuevo, es probable que busque su defensa en la razon universal y no en ese espíritu sistemático del clasicismo del siglo pasado, que se habia empeñado en medir la fantasía del poeta por varas y por minutos.—Ya no se pide cuenta al autor de un drama de los actos en que ha dividido su obra: ya no se le exige que nos hable precisamente en verso ó en prosa: ya no examinamos la cantidad y calidad de sus palabras, como el avaro sus escudos.—Como el poeta no tiene empeñada promesa alguna con nosotros de antemano, no le exigimos el cumplimiento sino de aquellas que no nos ha hecho, porque nosotros y él las presuponíamos como indispensables para entendernos bien.—«Llega á tu fin»—es lo único que pedimos al poeta.—«Haz que tu propósito esté de acuerdo con nuestra voluntad; y á tu arbitrio dejamos los medios; eres libre en su eleccion; sino aciertas con los que sean propios, entonces culpa solo á tí, que no has sabido usar de la libertad que te concedemos.»

Ahora bien ¿qué tal uso se ha hecho de esta libertad en nuestra escena contemporánea?..... Establezcamos antes de contestar algunos preliminares.—Nuestra revolucion literaria tiene de comun con nuestra revolucion política una fatalidad, que ha sido un obstáculo igual para el desarrollo perfecto de las dos; y es, en nuestro juicio, la de haberse empezado á trocar las cosas sin cambiar antes los principios; haber pasado de repente de lo antiguo á lo nuevo; y como en nosotros lo antiguo era punto menos que una paralisis, habiendo sido lo nuevo poco menos que un vértigo furioso de actividad, nos ha sucedido lo que sucede al que encerrado largo tiempo en una obscuridad profunda, se atreve á mirar de frente el disco del sol, recien salido de aquella—la pena de esta irreflexion suele ser el quedarse sin vista y sin sentido por de pronto, y luego tener que buscar una mano extraña que lo guie á su albedrío.—Pues esta mano directora en nuestra súbita revolucion literaria ha sido la *imitacion*, menos independiente de lo que convenia á nuestra naciente gloria.—Recibimos sin exámen ni preparacion las importaciones de una literatura extranjera: abrazamos lo que mas fácil era de abrazar en ellas por ser de mas bulto, es decir, sus extravíos, quedándonos lejos todavía de sus bellezas, como tiene que suceder perpetuamente á todos los remedadores.

Pero hé aquí que nos pasa la sorpresa, y comenzamos á entrever que lo nuevo venido de fuera no era una cosa tan enteramente extraña para nosotros que hubiéramos perdido hasta el recuerdo de los tiempos en que se albergaba en nuestro suelo.—Entonces comenzamos á evocar este recuerdo con tanta fé como ansia—desenterramos del polvo lo que las preocupaciones de nuestra mezquina educacion nos habia hecho olvidar; lo examinamos, y acabamos por comprender la casi superchería con que la literatura extranjera nos importó como producto suyo el que doscientos años antes se habia elaborado en nuestra patria.—En este momento apareció la aurora de nuestro moderno teatro nacional, porque fué conocido el antiguo; y como conocido, fué estimado, y como estimado fué la guia principal de nuestros poetas dramáticos, y su objeto privilegiado de estudio para sacar de él cuanto pudiera acomodarse puramente español á las nuevas exigencias de la moderna España.

Feliz el poeta con su hallazgo, y doblemente feliz con la sancion del público á quien lo mostraba, vió aplaudir sus dramas caballerescos con todo el lujoso aparato de la capa y espada, con el pomposo adorno de su prodigado lirismo, el quisquilloso pundonor de sus galanes, la proverbial altivez de sus damas.—El público encontró complacido las huellas del genio de Calderon en el fantástico poeta que nos daba *Cada cual con su razon*, *el Eco del Torrente*, *el Zapatero y el Rey*: entrevió la trágica ternura de Rojas en el autor del *Trovador*; el diálogo fácil, vivo y picante de Tirso en el autor de la *Marcela*, y últimamente, en la mayor parte de las novedades de nuestra escena, una tendencia marcada á combinar las formas excesivamente libres de nuestro antiguo drama con la regularidad y el órden que pide el progreso filosófico de los tiempos actuales.

Esta combinacion intentada fue desde luego, y continúa siendo una empresa tan difícil como importante—*difícil* porque lo es mucho resistir con prudencia al encanto que inspira al poeta que los estudia en su gábinete, y que trata con ellos como de potencia á potencia, ese amable desórden, esa prodigalidad de fantasía de nuestros antiguos dramáticos, que no toleraria ya el genio de nuestra sociedad presente, mas crítica y analizadora que era la antigua—*importante*, porque el dia que se haya realizado esta empresa, puede darse por consumada la creacion de nuestro teatro nacional.

Prueba de la dificultad que hemos mencionado es el afan con que se ve luchar el drama contemporáneo español por libertarse de esa tendencia seductora que lo domina á tomar de la poesía lírica un órden de bellezas, que embaraza frecuentemente la accion dramática, y que entre otros riesgos corre no pocas veces el de aplicarse sin oportunidad.—Nosotros creemos (porque no creerlo seria un absurdo) que la poesía lírica no solo puede tener cabida en el drama, sino que lo ayuda y lo sostiene embelleciéndolo; pero esto no es por su propia virtud, sino por la que le presta la accion dramática, á la que debe estar subordinada de tal modo, que de traspasar su límite alguna vez, puede producir inverosimilitud, estravagancia, y cuando menos cansancio en el espectador.—La poesía lírica y la dramática tienen sus diversos caractéres respectivos, que es necesario distinguir y especificar bien.—En la primera, todo es pensamiento y palabra: en la segunda, todo debe ser accion;—aquella obra mas inmediatamente sobre la imaginacion y el sentimiento: esta obra mas inmediatamente sobre los sentidos.—De la una, ordinariamente hablando, solo son jueces los ilustrados, los meditadores, los delicadamente sensibles: de la otra, es preciso no olvidar que decide el vulgo.—La region del lírico es el idealismo, la poesía especulativa por decirlo así: la region del dramático son los hechos, el mundo visible, la poesía práctica.—La poesía lírica es el primer término de un silogismo, que la dramática completa. Aquella dice: «yo he encontrado esta idea ó este sentimiento, y los conozco y represento con estos ó los otros caractéres»—y esta añade entonces: «luego colocados esa idea ó ese sentimiento en esta ó la otra relacion de la vida, deben producir y producen estos ó los otros resultados.»—El lírico, pues, dá los principios: el dramático materializa las consecuencias.—La imaginacion de aquel mas rápida, mas universal, mas elevada, si se quiere, recibe las ideas, como la metafísica contiene las suyas, en abstracto, de un solo golpe y con independencia de las relaciones exteriores;—la imaginacion del dramático mas fria, mas calculadora, mas minuciosa, despues que ha recibido la idea, la examina, la descompone, la aplica á la vida exterior y palpable.—El lírico en fin está mas cerca de la ciencia: el dramático está mas cerca del arte.

Preciso es, pues, no confundir cosas que son tan diversas, con la doble diversidad, que desde luego arguye su esencia respectiva, y la que produce tambien el estado especial de nuestra presente época.—Se deja bien comprender que la prodigalidad lírica del antiguo teatro español fuese una dote, no solo propia sino hasta indispensable para contentar al público á quien se dirigia; porque siendo, como era, la expresion constante de aquellos sentimientos de honor, de religion y de galantería, que caracterizaban la antigua sociedad española, no podia menos de agradar á esta un himno perpétuo consagrado á ensalzar los ídolos de su vida, y que por consiguiente habia de hallar un eco y un intérprete en su fé, al mismo tiempo que una sancion en su amor-propio lisonjeado.—Aquella sociedad tenia un idealismo, que reclamaba del poeta lírico el tributo constante de sus mas preciadas flores; idealismo, es verdad, ya un poco facticio, porque segun hemos dicho en otra parte, en el siglo XVI estaba relajado aquel vínculo comun, aquella unidad de los siglos anteriores, en que siendo la sociedad española ascética, guerrera, y casi patriarcal á la vez, se alimentaba con un espíritu enteramente análogo al que inspiraba la ruda lira de sus *romanceros*; pero si el idealismo del siglo XVI no existia ya en la vida presente de aquella sociedad, se conservaba en sus recuerdos, que tenia lo bastante próximos para no escuchar con indiferencia al poeta que los evocaba. Podia esta sociedad oir con desden ó no oir á quien le cantaba églogas y metafísica teológica; pero no podia ser sorda para quien le cantaba el himno triunfal de las batallas, las leyes del pundonor y las flores de la galantería, porque era una sociedad guerrera, pundonorosa y galante: así se explica que el público de entonces no solo tolerase, sino exigiese del poeta dramático aquellas relaciones tan pomposas como inoportunas de batallas, que maldita la relacion que tenian con el drama; aquellos dimes y diretes con que argumentaban los galanes en forma silogística sobre si debian ó no darse de cuchilladas; y en fin, aquellos sempiternos *discreteos* de los enamorados lo mismo para echarse requiebros que para darse quejas.

¿Pero cuál de estos caractéres conserva nuestra sociedad presente? Lejos de ser guerrera, es esencialmente mercantil y diplomática: lejos de ser pundonorosa y galante, es capaz de sacrificar á un cálculo aritmético la honra mas inmaculada, y el amor mas apasionado.—Confesémoslo: el poeta lírico no tiene aquí nada que hacer; si aparece fuera de la escena dramática, ni siquiera se cuidan de conocerlo; si aparece en la escena, lo dejan en cuanto lo conocen.

Por fortuna este proceder del público parécenos estar ahora de acuerdo con las necesidades mas urgentes del drama por una parte, y por otra, de la literatura española en general.—Lo primero, porque viéndose el poeta dramático en la necesidad de economizar mucho el *lirismo*, se esforzará en llenar con la *accion* el vacío que resulte, y nuestro teatro ganará en *incentiva*: los autores noveles, que confiados en su habilidad de versificadores flúidos y fecundos quieran aventurarse á lanzar un drama á la escena sin mas garantía que algunas quintillas felices, comprenderán que se necesita algo mas que eso, y aspirarán con mas provecho de sí mismos y de nuestra literatura á sus esperados y quizá merecidos triunfos. Nuestra literatura en general no puede menos de ganar por estos medios, porque irán desertando, ó lo que es mas lisonjero de esperar, irá modificándose y trabajando por reconquistar el terreno que pierda, ese cúmulo de *poetas por me-*

nor, digámoslo así, que con sus fragmentos de poemas y sus *composiciones sueltas*, zurcidas luego á guisa de drama, han hecho casi tanto daño como los traductores á nuestro mal parado idioma.

Estas reflexiones nos conducen á darnos razon de un fenómeno, y por consecuencia de su explicacion, á aventurar una opinion, por extraña que parezca. ¿Por qué han aparecido tan pocos, tan pocos dramas en prosa en nuestra escena, cuando tantos, y quizá los mejores, nos ha dado la vecina Francia?.... Se nos figura que la respuesta está implícitamente dada en el párrafo anterior—porque seguro el poeta de entretener al espectador con el encanto de una versificacion armoniosa, no ha querido renunciar espontáneamente á esta ventaja, que lo libra de tejer una trama mas complicada, de *inventar* un argumento de mas juego, que le seria necesario para satisfacer las exigencias del entendimiento, ya que no podia satisfacer las del oido con fáciles redondillas ó con sonoras octavas.—Explicado así este fenómeno, segun nuestra manera de ver, que puede ser injusta, ocúrrenos ahora, ¿si no seria conveniente ir haciendo algun ensayo para aclimatar en nuestra escena el drama en prosa, que tan exótica planta parece hasta ahora?—¿Será absurdo creer que por este camino se dé un paso cierto para fijar el genio de nuestra moderna lengua?—¿Pueden ni deben los versificadores tomar la iniciativa en esta grande empresa? No; porque estos lo mas que pueden conseguir, es fijar el lenguaje poético—pero el lenguaje poético lejos de constituir por sí un idioma, no es mas que la especialidad de un idioma; ademas de que ningun lenguaje poético puede formarse sin que esté fija la sintáxis del idioma á que pertenece; y no creemos que fijar una sintáxis puede ser obra de un versificador, cuyo primer privilegio es precisamente contravenir á sus reglas, siempre que las exigencias de la armonía ú otras mas importantes lo conduzcan á usar de las *licencias* para que está autorizado.

Francamente lo decimos, y apelamos de nuestra sinceridad á la conciencia de nuestros autores; ¿cuando les haya ocurrido la idea de hacer un drama en prosa, cuando hayan comprendido en toda su extension el compromiso, que esto les impone, no han pensado formalmente que es empero mas dificil obtener éxito de un drama en prosa que de uno en verso?... Y no se crea por esto, que absolutamente hablando, damos nosotros una especie de preferencia á aquel sobre este, no.—Nuestra opinion, que acaso va á parecer estravagante y acaso contradictoria con otras emitidas en el fondo de este artículo, nace del estado especial que creemos comprender en nuestro idioma y en nuestro drama, y en toda nuestra literatura.—Es preciso no olvidar que en el dia la balanza de esta es el drama; que el drama es el único ramo literario, que se tiene en algo y que vale algo entre nosotros.—¿Quién no sospecha que una vez acreditado con justicia el drama en prosa, saldria disputándole la palma *la novela* tan desatendida, tan olvidada en la patria de Cervantes?... Y concedida esta suposicion ¿quién no vé las ventajas que traeria á nuestra historia, al estudio de nuestras antiguas costumbres, al exámen de nuestras antiguas instituciones, y por consiguiente á todos los trabajos literarios, que tienen relacion con esto, la reaparicion de la novela?....

Bien sabemos que á todas nuestras reflexiones se contestará al fin con una razon suprema, y será, la de que se *pagan menos* los dramas en prosa.—A esta razon de hecho no tenemos que oponer una bastante satisfactoria; pero no por eso reservaremos la creencia que nos asiste, de que si se hace un drama en prosa, que empeñe la atencion del espectador, que contente en lo posible las exigencias de los *puristas*, que llame en fin por sus condiciones literarias al público al teatro, será tan apreciado moral y materialmente como el drama en verso mas pulido y acabado del mundo.—*El sí de las niñas* está en prosa: y *el sí de las niñas* no es por cierto la menos buena comedia de Moratin.—Acabaremos estas indicaciones haciendo una protesta, que abonando tácitamente el fin que nos hemos propuesto al enunciarlas, nos libre de la nota de escéntricos é inconsecuentes.—Si á pesar de cuanto hemes dicho, vemos aparecer un drama en verso, que reuna las condiciones que exigimos en el drama en prosa, lo preferiremos á fuer de españoles amantes de nuestro antiguo poético teatro; y porque fieles á la vocacion, que nos ha llevado y llevará, Dios mediante, á hacer algunas escursiones en el campo de la poesía, oimos con entusiasmo los versos casi siempre admirables de nuestros dramáticos, y nos complacemos en ver una dificultad mas vencida por su fecundo talento, que á la condicion de fecundo, reune para nosotros la de ser talento de nuestros compatriotas.

Hemos terminado la tarea que nos impusimos al hablar de nuestra poesía dramática contemporánea.—Aun nos quedan por enunciar algunas otras observaciones, á que daremos cabida, cuando individualmente pasemos la revista, que hemos ofrecido á nombres ilustres, y otras justamente célebres de nuestra presente literatura.

Grandes son nuestras esperanzas: grandes los fundamentos en que estriban.—La emulacion cunde: los medios de progreso se aumentan visiblemente: váse convirtiendo en estimacion el aflictivo desden, que las demas naciones de Europa hacian pesar sobre nuestra literatura.—La Alemania desea conocernos, y juzga lo que conoce: la Francia comienza á hablar de nosotros.—Hasta nuestro gobierno indiferente á la suerte de nuestras glorias literarias, nos consta que piensa ya en ellas seriamente, y se dispone á ejercer una influencia benéfica.—Trabajemos con fé; trabajemos con constancia, y el siglo XIX al espirar habrá dejado un eterno y digno monumento sobre la tumba de Calderon.

GAVINO TEJADO.

REVISTA TEATRAL Y LITERARIA.

TEATRO DE LA CRUZ.—Beneficio de la señora Tossi.—Pleito del señor Carnicer.—Nueva apertura del teatro.—TEATRO DEL CIRCO.—La Silfide.—Comedias de Alarcon.—TEATRO DEL PRINCIPE.—Las Mocedades de Hernan Cortés, comedia original del señor Escosura.

Favorece el público los diversos teatros de Madrid con mas constancia que tiene de costumbre, y aun nos produce agradable estrañeza observar cómo vá aficionándose al teatro nacional de dia en dia.

Desde que no hablamos en *El Laberinto* de funciones teatrales se ha estrenado en la Cruz *I Capuletti ed i Montechi*, á beneficio de la señora Tossi: resentíase la ópera de estar poco ensayada, y como se ha oido cantar en Madrid admirablemente en otras ocasiones, no produjo todo el efecto que se esperaba. Sin embargo, la señora Tossi fué bastante aplaudida. Guasco se distinguió como siempre, y justo es decirlo, la señora Chimeno fué la agraciada en la noche á que hacemos referencia, por lo bien que dijo su ária de salida.

Despues ha permanecido cerrado once dias el teatro de la Cruz, porque el pleito del señor Carnicer con la empresa habia llegado hasta imponer á esta la multa de mil ducados si daba otra funcion en que aquel no fuera reconocido como director y maestro de la compañia, con el sueldo de cuarenta mil reales. Todos los periódicos se han ocupado de este asunto, y todos, de acuerdo con la opinion pública, se han declarado en favor de la empresa. A consecuencia de una ley que ya ha caducado, gozaba el señor Carnicer un privilegio, y todavía pretende que sea efectivo. Acaso esto sea punto de controversia en los intrincados y tortuosos trámites de la curia: tal vez de la combinacion de los autos resulten suposiciones que quiten á la providencia del juez el carácter de arbitraria; lo que no admite duda es que un juez de primera instancia se excede de sus facultades si señala al señor Carnicer un sueldo que le ha de pagar una empresa que no existia cuando el sempiterno litigante, autor de *Ismaele ó Morte et amore*, obtuvo un privilegio absurdo, si bien no tanto que se fije allí la asignacion que debe disfrutar el señor Carnicer en su calidad de director y maestro de los teatros principales. Toda empresa habida y por haber cumple con la real órden expedida en favor del señor Carnicer con señalarle el sueldo de un corista, demostrando que no piensa pagar mas por la direccion de una compañia de ópera, y que hay quien la dirija de balde, ó poniendo dinero encima; de suerte que hablando en puridad, el privilegio del señor Carnicer, aun considerado en toda su fuerza, es á todas luces un papel mojado. Por fortuna, la Audiencia territorial de Madrid, cuyos títulos á la veneracion pública por su imparcialidad y justicia pueden contarse por el número de sus providencias, acaba de revocar el auto del juez de primera instancia, y en el teatro de la Cruz se ha vuelto á cantar con aplauso *Maria di Rohan*, y el ária coreada del segundo acto de *Il Ritorno de Columella*.

Ninguna novedad ha presentado el teatro del Circo, á no ser que se considere como tal el baile de *la Silfide*, puesto en escena por M. Bartholomin hace tres años en el teatro del Príncipe, tal como se estrenó en la Academia real de música para la Taglioni; y reproducido despues en el teatro del Circo con pretensiones de amenizarlo, añadiéndole decoraciones y escenas de otros bailes. Ni entonces hizo fortuna la Silfide, ni tampoco la hecho ahora; y así es que solo se han dado tres representaciones, y la última ha sido muy poco concurrida: de seguro dará mas entradas todavía el *Diablo enamorado* que la *Silfide*, y la Guy Stephan obtendrá mas aplausos en el *Jaleo de Jerez* del primer baile que en los vuelos y transformaciones del segundo. Cuando salga á luz este artículo ya se habrá cantado por Ronconi *Conrado de Altamura*.

Ya se ha publicado la primera entrega de la coleccion de comedias de Ruiz de Alarcon: dirígela el Sr. Hartzenbusch, cuyo prolijo esmero en esta clase de trabajos lo acredita suficientemente *el teatro escogido del maestro Tirso de Molina*. Laudable es el pensamiento de dar á luz las comedias de uno de nuestros mejores autores dramáticos del siglo XVII, superior á todos en la correccion del estilo, como dice un crítito eminente, é inferior á muy pocos en la originalidad de los pensamientos y en el artificio dramático. Sus comedias (copiamos el testo del crítico ya citado) son de costumbres, trágicas, heróicas y de capa y espada. En todas ellas se reconocen como las principales dotes de Alarcon el arte de interesar, que es el alma de la poesía dramática, y la gracia, facilidad y valentía de la expresion con lenguaje esmerado y correcto; esta última prenda es muy poco comun en nuestros escritores dramáticos, ya pervertidos por los vicios del gongorismo, de la sutileza y de los conceptos de su siglo, ya obligados por la precipitacion á dejar mal limadas sus obras. Tiene nobleza y sencillez, versificacion pura y sostenída: adapta el lenguaje al carácter del personaje; en fin puede mirarse como uno de los padres del idioma en una época en que ya comenzaba á pervertirse. Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. Alarcon no copia á nadie, ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas: sus recursos dramáticos estan bien graduados y en proporcion con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas y de emociones terribles en las trágicas. Bien merece ser estudiado tan buen modelo sin que se necesite ir recorriendo los puestos de libros para adquirir algunas de sus comedias pésimamente impresas. Merced al entrañable amor del Sr. Hartzenbusch hácia nuestros poetas antiguos, y al celo del Sr. Boix por el engrandecimiento de la literatura española, va á poseer el público una excelente edicion de las comedias del distinguido autor de *la Verdad sospechosa*. Acaba de repartirse la comedia titulada *Todo es ventura*, primera de la coleccion anunciada. Es recomendable por su buen papel, y sus elegantes tipos, su impresion limpia y esmerada; y por lo módico de su precio está al alcance de todas las fortunas.

Tiene para nosotros singular encanto todo lo que se refiere á la época casi fabulosa del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y es en nuestro sentir un héroe cada aventurero, y cada esploracion una hazaña. Nos asombra la intrepidez de Vasco Nuñez de Balboa atravesando el Istmo á la cabeza de unos pocos valientes para tomar posesion del mar del Sur metiéndose en el agua hasta la cintura y tremolando una bandera por el rey de Castilla. Avasalla el ánimo la osadía de Francisco Pizarro al trazar la raya con la punta de su acero á fin de averiguar quiénes se deciden á se-

guirle en sus aventuras y lanzándose á la conquista del Perú solo con trece hombres. Maravilla el portentoso atrevimiento de Francisco de Orellana, que, lejos de desalentarse con los peligros de una expedicion muy arriesgada de que formaba parte, se desertaba de sus compañeros no por huir de sus privaciones y fatigas, sino exponiéndose á mayores fatigas y privaciones por labrar los timbres de su gloria; y los labró en efecto con descender al caudaloso rio de las Amazonas, sin pararse un solo punto á considerar lo desconocido y silvestre de aquel vasto territorio, hasta tocar el término de su magnífica carrera en las playas del Océano. No menos seduce el esforzado aliento de Fernando de Soto cruzando desde la Florida todo el pais de la Luisiana sin mas norte que el sol y su bravura, disputando su alimento á las fieras y á los salvajes, y recorriendo sin techo que le abrigára un solo instante 900 leguas hasta reunirse con españoles en la parte setentrional de Nueva España. Fuera prolijo enumerar no ya las hazañas de aquellos valerosos adalides de fines del siglo XV y principios del XVI, sino aun los nombres de los que las dieron feliz remate. Pero entre todos los héroes de aquel período ninguno aparece mas gigantesco á nuestros ojos que Hernan Cortés, conquistador de nueva España, ninguno como él merece por tantos títulos pasar de la lista de los aventureros al poco extenso catálogo de los grandes capitanes. Hijo de padres,

nobles, si bien de escasa fortuna, habia abandonado las letras por blandir las armas: hallándose en la isla española debia hallarse con Francisco Pizarro y Nuñez de Balboa en el descubrimiento del mar del Sur: hubo de impedírselo una enfermedad grave. Una vez restablecido se trasladó á la isla de Cuba ya regida por Diego Velazquez á quien sirvió de secretario, siendo designado despues para la conquista del pais, cuyas costas habia recorrido Grijalva. Venciendo obstáculos de todas especies promovidos por propios y extraños dió cima á un hecho de armas singular, insigne y extraordinario: sus pormenores forman un drama completo que habla á la imaginacion en elocuente lenguaje: si alguna vez es la realidad mas poética que la fábula, nunca se descubre con mas evidencia este fenómeno que en la conquista de Nueva España. En ella tuvo ocasion Hernan Cortés de acreditar su constante valor, su alta capacidad, su genio en la guerra. Su corazon magnánimo, esforzado y generoso superaba todos los peligros, todas las dificultades. Su acrisolada lealtad sirvió como de baluarte á su fama, que resplandece sin mancilla por haber sufrido con resignacion y en silencio verse despojado del gobierno de las tierras por sus esfuerzos conquistadas, y desatendido ó mal recompensado en la córte de Castilla. Tenia Hernan Cortés un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, y así sabia ser clemente y severo, segun la ocasion lo requeria, y distribuir acertadamente premios ó castigos. A estas eminentes cualidades reunia la de ser afable, galan, fino de modales, bien hablado y hasta con sus puntas de poeta. Por eso la memoria de Hernan Cortés gana las simpatías de todos los corazones en que hay un solo átomo de grandeza: por eso ha merecido menos censura y mas alabanza de los historiadores extranjeros que todos sus contemporáneos y camaradas: por eso ha estado feliz el Sr. Escosura al elegir las *Mocedades de Hernan Cortés* por asunto de su última produccion dramática. Ahora debíamos detenernos en el análisis de esta comedia: nos lo impide la falta de espacio: dominados por la mágia con que brilla para nosotros la historia, y mas que ninguna la de España y con preferencia la del siglo décimosesto, hemos dejado correr nuestra pluma apuntando algunos hechos de aquel venturoso período, sin advertir que nos desviábamos del principal objeto del artículo que ya es preciso acabemos. Sin embargo no nos arrepentimos de la digresion antecedente, porque las *Mocedades de Hernan Cortés* bien merecen un prólogo de historia, y su brillante éxito un juicio crítico mas extenso del que pudiéramos ahora destinar á esa comedia.

Guy Stephan.

ANUNCIO.

Historia militar y política de Zumalacarregui, escrita por D. Francisco de Paula Madrazo. Se ha repartido la entrega 10. Continúa abierta la suscricion en las librerías de Matute, calle de Carretas; de Cuesta, calle Mayor; de Monier, Carrera de San Gerónimo; en la de Villa, plazuela de Santo Domingo, y en la redaccion, calle de la Almudena, núm. 117, estamperia.

Director y Editor, D. Antonio Ferrer del Rio. Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX, calle de Carretas, núm. 8.